

## IMPORTANCIA Y AUSENCIA DE LA ÉTICA EN POLÍTICA

Discurso pronunciado por el Presidente de la UARM, Vicente Santuc, S.J., en la conferencia inaugural de la Escuela Nacional Anticorrupción organizado por el Consejo Nacional para la Ética Pública – PROETICA.

Saludos,

Agradecer a Cecilia Blondet

Después de haber aceptado la invitación de Cecilia a participar en este evento sobre ética, me vinieron dudas y resistencias. Otra vez hablar de ética. Pero, aquí estoy.

Que estemos en una profunda crisis ético/moral es una evidencia para todos. Y la reunión de esta noche no hace más que confirmar la frase de Nietzsche que decía “Los moralistas (aquellos que reflexionan sobre la moral) empiezan a actuar cuando la moralidad toca a su fin”. La moralidad remite a las buenas costumbres, a maneras de actuar, de vivir, de estar en sociedad que han sido tan incorporadas por cada uno, que cada individuo se conduce, sin pensarlo, sin reflexionar, de acuerdo a pautas y valores evidentes para todos. Si es así, podemos pensar que si la reflexión ética se ha puesto tan de moda actualmente (ética de los negocios, de los políticos, bioética, etc.) es síntoma de que algo serio está pasando al nivel de una moralidad-costumbre nuestra que ya no articula nuestra vida.

Eso es así porque vivimos un momento en que lo que ha sostenido, hasta la fecha, la moralidad de la sociedad parece haberse agotado. Ya no sostienen ni guían nuestras conductas, personales o grupales, los valores venidos de las tradiciones o de la revelación. Por más que saludemos regularmente esos valores, ellos ya no configuran con evidencia nuestras conductas. Están en crisis, las tradiciones erosionadas por el espíritu moderno; y ha muerto el Dios sociológico y moral que aseguraba, con castigos y recompensas, las correctas conductas de las personas; y tampoco opera la confianza en una voluntad trascendente garante de la organización social y capaz de dictar un sentido a la existencia social. Ya sabemos que somos nosotros los productores de la “puesta en orden y en sentido” de nuestra existencia socio-política.

Ahora bien, que la moral/ética recibida esté en crisis, eso tiene consecuencias porque nunca el ser humano se queda sin valores puesto que él no tiene, como el animal, instintos seguros para guiarlo y necesita siempre del andador de valores socialmente reconocidos al cual pueda adherir. La pregunta viene a ser ¿cuáles son los valores que sostienen nuestras sociedades, sus políticas y sus políticos? Pregunta importante si, con Eric Weil asumimos que: “La política es la moral en marcha”. De hecho, dicha fórmula es pertinente porque la política no se reduce a meras técnicas para hacer



funcionar eficazmente el aparato del Estado, ni al cumplimiento formal de la legalidad vigente. La política remite a la conducción de la convivencia humana, basada en la confianza y el respeto de reglas de juego que permitan cumplir con un proyecto de sociedad, en vistas al Bien Común.

Recientes experiencias traumatizantes, a partir de prácticas políticas autoritarias y arbitrarias, que generalizaron una subcultura de la desconfianza, nos deberían recordar cuán importante son los valores y los principios a respetar en política. Pero, nuevamente, estallidos de violencia y manifestaciones callejeras expresan desconfianza y reclaman moralización; piden que se respeten sus derechos, la ley y los compromisos asumidos; piden justicia, piden ser escuchados, piden ser incorporados a los beneficios del reparto de la riqueza nacional.

Es así cómo las violencias que presenciamos, la rabia y la desconfianza que en ellas se expresan nos llevan a constatar la importancia y al mismo tiempo la vulnerabilidad/fragilidad de los bienes relacionales que son lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso, lo permitido y lo prohibido entre nosotros. Es con la confianza que todos soportamos esos bienes y ellos nos soportan en nuestra existencia social. Lo que nos está pasando debería llevarnos a aprender una cosa: la ética y la moral pueden ser pérdidas, pero puede ser pérdida también la política como conducción de un proyecto social, sostenido por valores que todos podamos compartir en el espacio nacional. Oh, no nos faltan referencias a valores. La boca de nuestros políticos está llena de ellos. Se nos habla de democracia, de solidaridad, de eficacia, de reparto, de diálogo, etc. pero los ciudadanos no acaban de creer en esas palabras, quizás, sobre todo, porque falta el ejemplo.

Después de tantos avatares socio-políticos, el pueblo peruano ha aprendido que los valores quedan meramente nominales y ni siquiera valen, si no hay una infraestructura económica que los haga ingresar a la existencia. Más aun el pueblo ha aprendido, de manera intuitiva y confusa, pero real, que en la historia concreta de su vida, los valores no son nada más que otra manera de designar las relaciones entre las personas tal como se establecen, cotidianamente, en el trabajo, en el amor, en las esperanzas, en las frustraciones, en una palabra en nuestra coexistencia. No se trata de renunciar a los valores que se pregonan desde la democracia, sino de cumplir con ellos, de obedecer a lo que ellos dicen.

Si asumimos que esos valores democráticos están erosionados, se impone la pregunta sobre los valores que vivimos día a día en el Perú. No es que no recordemos los valores que se han perdido: cada día, todos denunciamos mentira, violencia, prepotencia, criollismo, complicidad delictiva y anomia. Bien evidentemente, el pueblo sabe que él no es indemne de aquello mismo que denuncia; pero él no quiere eso, y en sus momentos de lucidez y honradez guarda una suerte de rencor para con aquellos que le obligan a esas conductas, porque los responsables no quieren o no saben tomar las



medidas necesarias. Allí está la crisis de la política; bien evidentemente no es crisis únicamente en el Perú, sino crisis política global; crisis de la cual el país participa.

La ola del neoliberalismo que el Perú acogió con amplitud, ha desplazado el poder del que disponía normalmente el Estado moderno, al espacio global, políticamente incontrolable, y dominado por una “economía-casino” como dijo Castoriadis. Los valores del mercado han acabado por penetrar y dominar las proyecciones políticas, y los políticos han renunciado a hacer política para delegar al mercado la definición del proyecto social. En cada nación el proyecto social, en su dimensión de eficacia y justicia, debería ser el privilegio del Estado. Pero parece que esos tiempos han pasado. La cosa es tan así que cuando se reúnen los jefes de Estado de las grandes naciones, ya no hacen política, no hablan de los problemas de la convivencia política mundial que plantea la economía mundo, sino hablan sobre todo de la economía y se ponen al servicio de sus exigencias. No es por lo tanto que la conducción de los hombres políticos carezca de valores; sino el problema está en que los valores que guían sus acciones no vienen de la política sino de la economía. Son los políticos los que han decretado las desregulaciones y han desactivado poco a poco las conquistas sociales del Estado de Bien Estar, para servir la economía mundo, el gran mercado global. Pero es esa economía planetaria, “economía casino”, la que ha entrado en crisis “por soberbia y falta de humanidad” como se ha dicho al momento del estallido de la crisis en USA. Es esa misma economía la que ha generalizado la idea que todo se mide por el dinero, que todo se compra y se vende, incluso la conciencia de los funcionarios. Si el dinero es el “valor absoluto” ¿porque van a ser honrados el profesor, el congresista o el juez, y desde qué valores del sistema puede ser cuestionado el narcotráfico? En sus prácticas, todos ellos no hacen más que “creer en” y “cumplir con” el “credo” del sistema neoliberal. Desde tal sistema ni los corruptos ni los narcotraficantes pueden ser enjuiciados. Se los enjuicia desde un sistema anterior de valores que la práctica del neoliberalismo ha invalidado; eso mismo hace ver cómo ese sistema es insostenible.

Ahora todos hablamos mucho de ética, pero quizás deberíamos hablar más de política, de proyecto de sociedad. Como lo diagnosticaba Castoriadis, el problema del momento es el problema de la ausencia de proyecto político, tanto al nivel de los países como al nivel de la humanidad. Los Estados modernos tuvieron un proyecto de sociedad con la democracia, el progreso, la libertad, la justicia, la igualdad. Cada Nación tuvo en aquel entonces una representación del mundo y de si misma en el mundo. Pero, la postmodernidad, que ha puesto notas críticas al pie de página de toda la modernidad, ha hecho que ya nosotros no creamos en el progreso, ni en una democracia estribada por los valores políticos modernos. Por eso vivimos ahora en medio de un cementerios de ídolos caídos, y lo que hoy en día se nos ofrece, y aquello a lo cual adherimos como a un credo, son las conquistas indefinidas de la tecnociencia y la participación individual a los bienes que el dinero permite alcanzar. Eso no es ningún proyecto político, y por eso la sociedad está como a la deriva; no sabe a dónde va, ni a dónde quiere ir; no hay proyecto social al cual podamos adherir, porque producir y consumir



más “individualmente” no es ningún proyecto susceptible de dar sentido a una vida individual ni social.

Tenemos que constatarlo, las campañas electorales llevan a olvidar la afirmación republicana que sostenía la democracia, a saber el respeto de principios y de la ley igual para todos, en beneficio del bien común público. Historias recientes y repetidas, en el país, y en países vecinos, nos dicen el peligro de democracias reducidas a elecciones periódicas. Esas elecciones, que apelan al sentimiento popular, han abierto en el país, y en muchos países vecinos, caminos de anarquía, de oligarquías o de dictaduras. A eso conducen elecciones que son juegos de seducción de sectores del electorado y de liquidación del adversario. Una vez en el poder, fácilmente campean cinismo e irresponsabilidad en razón de las circunstancias mundiales, de la ausencia de control y sanción, como también de la apatía generalizada. Pero ¿cómo no va a desinteresarse de la política un individuo/ciudadano si nunca recibe alguna señal para orientarse en función de la cosa pública, del interés público? Si abrimos los ojos vemos cómo en el espacio público campean y se oponen intereses de individuos o grupos, de más o menos poder, todos para hacer valer sus intereses personales o grupales. Siendo así, todo objetivo nacional acaba por desaparecer y cada uno está limitado a su vida privada, que procura llenar con trabajo, consumo y ocio.

En ese contexto, apenas y mal evocado, es evidente que no basta con reflexiones sobre la ética. Incluso la insistencia sobre ella podría servir para tapar el verdadero problema que es político, puesto que es él de la convivencia humana nacional y plantearía hoy en día. Como lo dicen muchos, creo que tenemos que convencernos de que nuestra vida tiene que cambiar radicalmente de orientación y sacar las consecuencias de la situación: estamos asignados a una nueva creación de formas de convivencia humana. Mientras lo más importante sea maximizar las ganancias y el consumo, no hay nada que hacer; mientras lo más importante para cada uno sea su vida privada, con desinterés de la suerte del colectivo humano nacional y mundial, por más que multipliquemos las reflexiones éticas no cambiaremos nada. Las prédicas éticas no surtirán efecto mientras no asumamos juntos un proyecto de humanidad en relación al cual pensar y medir nuestras conductas individuales y colectivas.

Para ello, creo que es absolutamente necesario revisar la antropología que hemos recibido de la modernidad y nos ha inducido a pensarnos como individuos aislados; y es necesario revisar también la socialidad humana sin acudir a la artificialidad del Contrato Social para pensarla.

Los tiempos nos asignan a cambiar de manera de pensarnos como personas, como sociedad y como humanidad que habita *un planeta uno entregado por igual a todos*. Creo que es urgente para todos nosotros salir de cierta idea de la persona como si pudiera ella ser pensada independientemente de los demás y de la naturaleza. Todos, desde nuestro nacer, *formamos parte del sistema humanidad y del sistema naturaleza*. Nuestro cuerpo, y su percepción originaria, nos lo dicen. Nuestra antropología tendría

que obedecer en verdad a la manera cómo la vida nos alcanza: siempre en un cuerpo, recibido en el cariño y la confianza hablada de los demás, y cada uno asume prontamente las significaciones socialmente instituidas de su grupo. Allí, muy tempranamente, cada uno ha hecho la experiencia de la felicidad de existir, en este mundo, en relación con los demás, y ha hecho también la experiencia de Bienes Comunes compartidos con los de su grupo. El “individuo”, tal como hemos llegado a pensarlo, es la creación social que la modernidad requería; pero nuestros tiempos exigen que salgamos de esa idea para pensarnos como siempre inscritos en la humanidad una, sobre ese planeta uno que estamos maltratando.

Vicente Santuc, S.J.  
Presidente  
Universidad Antonio Ruiz de Montoya – Jesuitas

Muchas gracias,

Lima, el 24-08-2009